

9-M, elecciones de continuidad

Las elecciones legislativas del 9-M de 2008, en lo fundamental, han deparado pocas sorpresas sobre el ganador, algo en lo que los españoles, como indicaban todas las encuestas, coincidían de forma muy mayoritaria. Y tal percepción de partida, mantenida de forma casi constante en toda la campaña, condiciona a la baja la tensión competitiva y, por lo tanto, movilizadora, propia de una elección de cambio.

La legislatura de la crispación

Estas elecciones han estado fatalmente jalonadas, directa o indirectamente, por el terrorismo. Por un lado, el brutal atentado yihadista del 11-M y, sobre todo, la gestión que del mismo hizo el gobierno del PP facilitaron la movilización antigubernamental y el vuelco electoral del 14-M. Por otro lado, el PP, haciendo una pésima interpretación de lo ocurrido, puso en duda la legitimidad del resultado, lastrando seriamente su tarea de oposición, al no ser capaz de superar el resultado y mantenerse en la teoría de la conspiración, incluso después de finalizado el juicio contra los autores materiales de la masacre. Las atenciones recibidas y el protagonismo adquirido por las víctimas y sus organizaciones en los gobiernos del PP hicieron de su fuerza moral un elemento de confrontación política, sobre todo, antigubernamental. La apuesta del gobierno y su mayoría gubernamental por el diálogo con ETA y sus representantes políticos, que supuso el arrinconamiento del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo y la ruptura entre los dos grandes partidos nacionales en esta materia, llevaron hasta el límite la confrontación del PP con la política antiterrorista del gobierno. El fracaso de la operación del final dialogado, en la que tanto empeño había puesto el Presidente Rodríguez Zapatero, y los déficits de comunicación al respecto, no hicieron

más que agudizar esta confrontación, solo mitigada por los éxitos policiales y la vuelta a una política antiterrorista de mano dura contra las estructuras sociopolíticas del terrorismo. Finalmente, la vuelta al asesinato en campaña y, en este caso, del exconcejal socialista Isaias Carrasco en Mondragón a dos días de las elecciones, rematan un ciclo infernal, del que, en todo caso, el gobierno socialista obtiene mejor balance que la oposición popular, en términos de opinión pública.

En ese caldo de cultivo es donde se fragua la crispación y la confrontación cargada de descalificaciones que han lastrado toda la legislatura, rebasando los límites de la clase política o mediática para llegar a la calle, tal como nos reconocían en las encuestas dos de cada tres españoles. Pero, la legislatura también ha estado caracterizada por las consecuencias de un cambio legítimo en las alianzas tradicionales del socialismo y por un giro radical en las políticas (Memoria Histórica, Estatuto Catalán, Educación, Poder Judicial, relaciones Iglesia-Estado, etc.) que, al buscar el aislamiento del PP (p.e., el Pacto del Tinell), ha contribuido a la radicalización de éste y a la apertura de una fractura seria en las relaciones entre los dos grandes partidos y, sobre todo, en la vida política y social, que, además de llevarse por delante la necesaria unidad fundamental en la lucha contra el terrorismo, ha dejado

Estas elecciones han estado fatalmente jalonadas, directa o indirectamente, por el terrorismo.

Francisco J. Llera

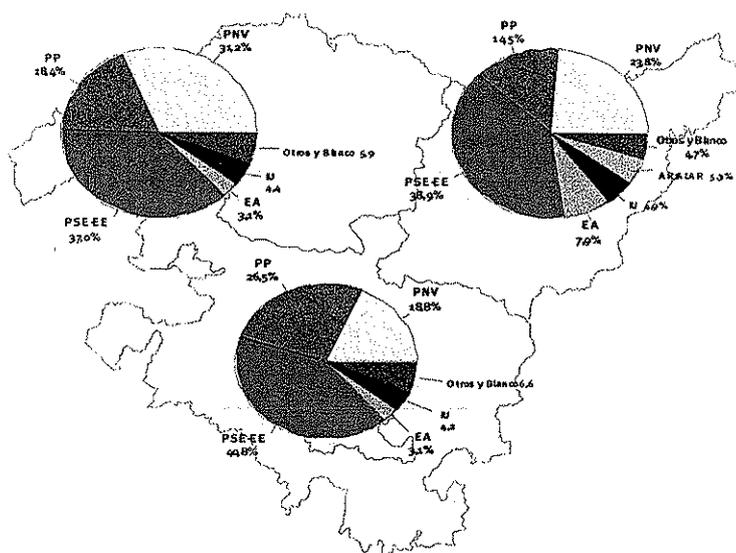
inédita la parte más importante de la agenda política del Presidente Rodríguez Zapatero, como eran las reformas constitucionales e institucionales. La propia campaña electoral no ha hecho más que evidenciar las características más negativas de la legislatura, con leves chispazos de superofertas, provocados por la irrupción inesperada de cambios significativos a la baja en el ciclo económico.

Elecciones sin sorpresas

En estas elecciones de la décima legislatura, en lo fundamental, se ha producido lo que viene siendo ya un patrón de comportamiento electoral de los españoles: el gobierno de turno, en este caso el socialista del Presidente Rodríguez Zapatero, revalida y mejora (262.535 votos más, que le permiten incrementar su mayoría en 5 escaños y el apoyo electoral relativo en 1,3 puntos en porcentaje de voto válido) los resultados de su primera legislatura de alternancia y, al mejorarlos, tiene más facilidades para gobernar. Normalmente, esto venía sucediendo con una caída significativa de la participación electoral, que beneficiaba al gobierno y perjudicaba a la oposición, contradiciendo la leyenda urbana de que la abstención perjudica necesariamente a la izquierda. En esta ocasión, sin embargo, se ha producido con un nivel de participación (73,8 %) casi idéntico (1,9 puntos porcentuales menos) al del comienzo del ciclo hace cuatro años y, por otra parte, con una altísima movilización de la oposición, asimilándose muchísimo a lo sucedido en la última legislatura (1993) del ciclo socialista anterior (sólo el País Vasco -con 11,9 puntos menos- y Navarra -con 4,1 puntos menos-, por la llamada a la abstención de los terroristas, además de Cataluña - con 9,7 puntos menos -, la reducen de forma más significativa). Esta menor movilización, casi toda ella de electores nacionalistas, contrasta con el alza de la misma en comunidades en las que el PP obtiene mejores resultados, como Murcia (con un incremento de 2,5 puntos) o la Comunidad Valenciana (con 1,1 puntos de subida), así como la estabilidad de las Castillas, La Rioja o Madrid.

Y es que en esa misma elección de 1993, precisamente, se inicia otro patrón de comportamiento de los españoles con el cambio del formato competitivo del

Resultados electorales en las provincias vascas en las elecciones generales de 2008 (% VV.VV.)



sistema de partidos español: el reforzamiento del bipartidismo imperfecto elección tras elección (del 73,6% al 83,8 %), tras el pluralismo moderado inicial (1977-1979) y el transitorio de partido dominante (1982-1989), con consecuencias evidentes en la competición, cada vez más caracterizada por la "política de adversarios" y con una polarización excesivamente crispada. Y, de nuevo, la llave de la gobernabilidad la siguen teniendo los partidos territoriales, cuando no hay mayoría absoluta, y que siempre se sitúan en torno a un promedio del 9 % de los votos y unos 7 u 8 partidos con representación parlamentaria, entre los que vuelven a destacar con desigual suerte CiU y el PNV. Otro patrón, que se ha acentuado en esta ocasión, es el funcionamiento del "voto útil" hacia los partidos mayoritarios, cuando la competición está muy cerrada, tanto de la izquierda hacia el PSOE, como de los nacionalistas y regionalistas hacia el partido ganador y, preferentemente, el PSOE también. Ambas dinámicas combinadas, con la radicalización nacionalista y el "miedo" o rechazo a la posibilidad de vuelta a una mayoría del PP, han reforzado la concentración de voto en los dos grandes y el retroceso generalizado de todos los demás, casi sin excepción. Finalmente, un nuevo patrón que se ha abierto paso desde las elecciones del 2000 es la aparición de un consistente electorado volátil de ida y vuelta entre izquierda y derecha y,

El país necesita otra forma de gobernar desde la izquierda y una manera distinta de hacer oposición desde la derecha.

especialmente, entre PSOE y PP. Como novedad, la aparición con éxito relativo de un nuevo partido nacional de centro-izquierda con vocación de bisagra UPyD y que rompe con el maleficio que ha perseguido a este tipo de operaciones desde el fracaso del CDS o la operación reformista de los años ochenta, con el mérito añadido de que en esta ocasión las dificultades eran mucho mayores, tanto por los menores recursos de todo tipo y la escasez de tiempo, como por la mayor tensión bipartidista. Por lo tanto, el mensaje principal es el de la continuidad con cambios. Pero, de los movimientos habidos, se pueden obtener las pistas sobre los cambios necesarios para el país o recomendables para los actores políticos.

¿Expectativas frustradas?

Los dos grandes partidos llamados a gobernar la nación han visto frustradas sus expectativas. En efecto, el PSOE, con 11 millones de votos (11.288.698) y un 43,9 %, no ha conseguido la tan ansiada mayoría absoluta, pero ha mejorado sus resultados (casi 262.535 votos más y un incremento de un 1,3 %) con una mayoría holgada (5 escaños más que le hacen subir a los 169), gracias al vaciamiento del voto de IU y de parte del electorado de los partidos territoriales, sensibles al voto útil anti-PP, sobre todo, en el País Vasco (+11 puntos), Cataluña (+6), Baleares (+5), Canarias (+5) y Aragón (+5) y subidas menores generalizadas, con las únicas excepciones de Madrid (-5 puntos), Murcia (-2), Comunidad Valenciana (-2), Castilla-La Mancha (-2) y Andalucía (-1). Por su parte, el PP, con más de 10 millones de votos (10.277.809) y un 39,9 %, no ha podido dar el vuelco (6 escaños más que le hacen subir a 154), que, por cierto, ninguna encuesta anticipaba, ni la gran mayoría de los ciudadanos percibía, a pesar de su notable crecimiento (514.665 votos más y un incremento de un 2,2 %), sobre todo, en Andalucía (+5 puntos), la Comunidad Valenciana (+5), Madrid (+4) y Murcia (+4) e incremento menores casi generalizados, con las excepciones de Galicia (-3 puntos), Asturias (-2) y Cantabria y Baleares (-1). Unos y otros habían renunciado en sus políticas y en sus mensajes de descalificación recíproca a la captación, de facto, de electores moderados y volátiles entre ambos. De esta incapacidad centrípeta se ha

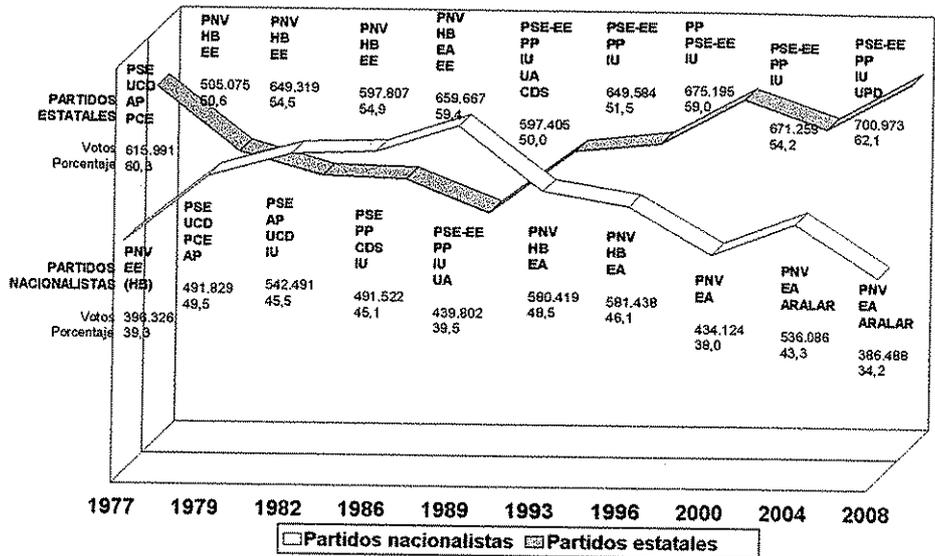
beneficiado y ha cosechado su éxito la UPyD (306.078 votos y un escaño en Madrid, que, con el 3,8% de los votos, es donde mayor apoyo obtiene), que es muy probable que a unos les haya limitado su triunfo y a los otros les haya truncado el suyo. IU con algo menos de un millón de votos (tras perder 354.499 votos, que suponen algo más de una cuarta parte de su electorado, y la mitad de sus escaños, reducidos a 2) ha pagado caro su radicalismo, su falta de unidad interna y su errática política de alianzas, así como el error de cifrarlo todo al rechazo a la derecha. Finalmente, los nacionalistas, con las únicas excepciones del BNG y NaBai, han visto retroceder de forma significativa sus apoyos más moderados. Tanto el nacionalismo catalán, como el vasco, y por distintas razones, han recibido un serio aviso en sus respectivas comunidades. Precisamente, uno de los datos más significativos de estas elecciones ha sido el vuelco electoral protagonizado por el PSE-EE en Euskadi, arrumbando definitivamente el ciclo nacionalista iniciado en Lizarra y que el PNV e Ibarretxe no han querido cerrar, haciendo claramente visible, por primera vez, la posibilidad de alternancia en unas futuras elecciones autonómicas.

Hipótesis sobre las transferencias de votos

A falta de estudios muestrales precisos sobre las transferencias brutas de votos, creo que no es muy aventurado apuntar algunas hipótesis a la vista de los saldos netos y su distribución territorial. En primer lugar, hemos de tener en cuenta que el censo de hace cuatro años se ha incrementado en algo más de medio millón de electores y que los nuevos electores jóvenes han sido 1.711.776, con una importante dimensión de rejuvenecimiento del mismo. Sabemos que este contingente muestra en su comportamiento de entrada un claro sesgo abstencionista, por un lado, y, relativamente, izquierdista, por otro, lo que debería comportar una mayor movilización del electorado que ya votó en 2004. Por otro lado, ha habido un cuarto de millón de votantes menos en las urnas, muy concentrado en Cataluña (289.000) y el País Vasco (200.000), que ha podido ser compensado con la movilización ya comentada en otras comunidades. No es difícil suponer que se trata, sobre todo, de electores nacionalistas no dispuestos a darles el voto a ninguno de los dos partidos mayoritarios nacionales. En tercer lugar, por las encuestas preelectorales sabíamos que el electorado popular se mostraba más fiel y movilizado, por lo que el PP habría podido, además de mantener sus anteriores votantes, movilizar abstencionistas propios de hace cuatro años y captar voto volátil de los anteriores apoyos socialistas, especialmente, en las Comunidades en las que éstos han mostrado una menor resistencia o un claro retroceso, sin descartar,

Evolución del voto nacionalista/estatal en las elecciones legislativas en Euskadi, 1977-2008.

Una vez más, la competición electoral en el País Vasco adquiere rasgos excepcionales.



claro está, algunas pérdidas de votos en Comunidades en las que ha mostrado un claro retroceso. En cuarto lugar, el PSOE habría podido compensar su ligera desmovilización y su cesión de votos al PP y UPyD, además de con votos de nuevos electores, con votantes regionalistas y de IU y, en mucha menor medida, populares. Finalmente, UPyD habría obtenido sus apoyos, sobre todo, de anteriores votantes socialistas, pero también populares, abstencionistas y nuevos electores.

La singularidad vasca

Una vez más, la competición electoral en el País Vasco adquiere rasgos excepcionales por la presencia directa del terrorismo, por la estrategia de intimidación de sus apoyos sociopolíticos, por las posiciones excluyentes del nacionalismo y por la radicalización de la confrontación entre socialistas y populares. En este contexto, adquiere más relevancia el arrollador éxito socialista, cuyo incremento de más de 90.000 votos y 11 puntos porcentuales le arrebató la primacía al PNV y le sitúan en el centro del sistema, en un contexto en el que todas las demás opciones protagonizan un retroceso conjunto de más de 300.000 votos, especialmente acusado entre los socios del gobierno tripartito y, en menor medida, el PP. En el País Vasco el censo se ve mermado en más de 20.000 electores y, por tanto, acuden a las urnas unos 178.000 votantes menos, en un contexto caracterizado por la llamada a la abstención de ETA, que se deja sentir en mayor medida allí donde pueden ejercer

su control social intimidatorio. Es obvio que su fracaso ha sido rotundo, a poco que se hagan cuentas con los saldos, y es muy probable que su llamada haya sido seguida por bastantes menos de los 90.000 que hace cuatro años cumplieron su orden de voto nulo. El PSE-EE ha nutrido su incremento, casi a partes iguales, de votantes nacionalistas hartos de las aventuras de Ibarretxe y de los votantes de IU que no entienden ni aceptan su política en el País Vasco y, en menor medida, de votantes populares. UPyD, que no ha sido profeta en su casa, habría obtenido sus 10.000 votos, sobre todo, del electorado popular. (Ver gráfico y mapa).

Los mensajes de las urnas

Es evidente que el mensaje principal que nos han dado las urnas es que el país necesita otra forma de gobernar desde la izquierda y una manera distinta de hacer oposición desde la derecha, recuperando una dinámica centrípeta de entendimiento y grandes acuerdos entre los dos grandes partidos para las reformas institucionales y estatutarias, la estabilidad institucional y constitucional, la política antiterrorista, los problemas del ciclo económico o la política exterior y la UE, entre otros. Al mismo tiempo, el nuevo gobierno tiene más margen de maniobra para modular sus alianzas con una orientación más moderada, al tiempo que en Euskadi y Cataluña puede tratar de tú a tú y sin complejos al nacionalismo, para que éste acabe aceptando de verdad el pluralismo de sus respectivas sociedades, sobre todo en el caso vasco.